

SAÚL IBARGOYEN, poeta, narrador, crítico, editor, coordinador de talleres literarios, periodista, traductor, viajero de muchos rumbos, pertenece a la "generación de la crisis" —así denominada por Ángel Rama— que se conforma en Uruguay entre los años 50 y 70.

Ha publicado cincuenta títulos entre novela, cuento, poesía y antologías de la lírica latinoamericana. Bajo el sello de Editorial Praxis dio a conocer *La última bandera* (1994), *Fantoche* (1995) y *Versos de poco amor* (1996). Su obra ha sido parcialmente traducida al inglés, alemán, francés, italiano, portugués, búlgaro, ruso, bielorruso y polaco.

Fue jurado en varios concursos literarios nacionales e internacionales.

Es miembro del jurado permanente en el programa Tierra Adentro, auspiciado por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y asesor del Grupo Editorial Eón, que publica la *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea* en acuerdo con la Universidad de Texas en El Paso, U S A



Saúl Ibarгойen, artista prolífico de México y Uruguay, eternamente embarazado de poesía, aire y mujeres, nos ofrece en la cadencia sin rima de sus recuerdos hechos sonetos de lírica imperfección, primaveras ciegas, suspiros ácidos, todos los males de su amor y la sabiduría bisexuada que brinda el diálogo.

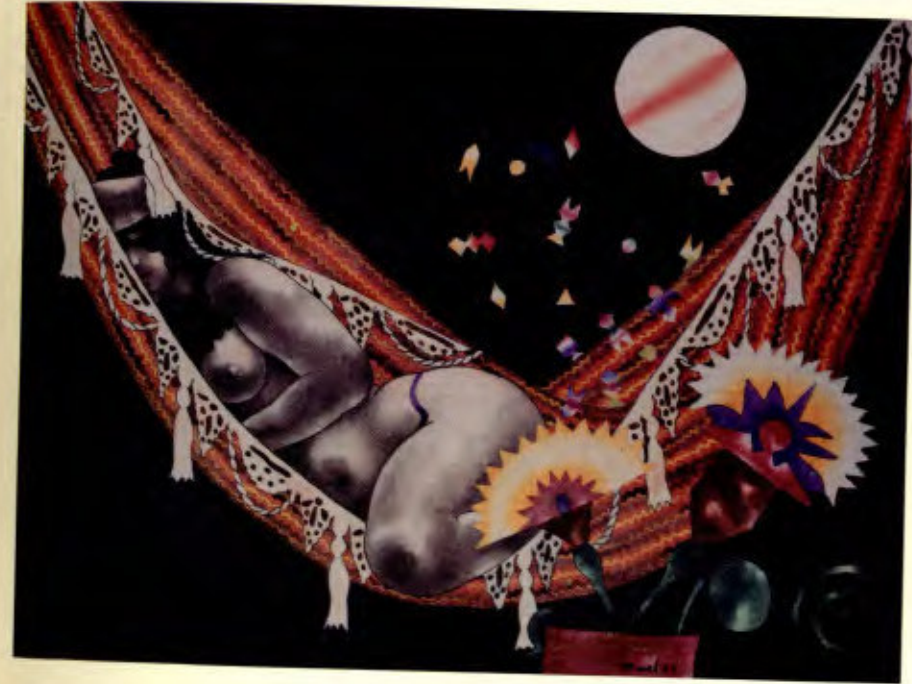
Con un aliento de joven maldito y la enérgica madurez de su edad otoñal, nos ofrece poesía como un mago renacentista nos proporcionaría mandrágora, la amarga y venenosa medicina que cura la soledad del alma.

El anhelo de buen amor de los sonetos imperfectos de Saúl Ibarгойen aterriza entre mujeres con nombres de refugio y de luz. Se trata de poemas tan hermosos y desventurados como un tímido escolar, de una verba que se aferra al papel para seguir cantando las formas de la pasión y los rituales del dolor.

Francesca Gargallo

Saúl Ibarгойen

Amor de todos



Saúl Ibargoyen
Amor de todos

Saúl Ibargoyen
Amor de todos

Colección Dánae



jitanjáfora
producciones

El Entrevero

AMOR DE TODOS

SAÚL IBARGOYEN

Maquetación y coordinación general:
Blanca Mateos

Digitalización de textos:
Berenice Garmendia

PALABRAVIRTUAL.COM



1ª edición digital
2014

Portada: LEONEL MACIEL
Interiores: DEL ÁNGEL, CARLOS DE VILLA, FELIPE DE LA TORRE,
FELIPE EHRENBERG, IVÁN GARDEA, HUGO ARQUÍMEDES,
LAURA QUINTANILLA, LETICIA OCHARÁN, POSADA,
TURNBALL Y NÁMIKO PRADO.

A las amigas que no están

D.R. EDITORIAL PRAXIS
PRIMERA EDICIÓN, 1997

ISBN 968-7646-41-1

EDITORIAL PRAXIS, Vértiz 185-000, Col. Doctores, Deleg. Cuauhtémoc,
C.P. 06720, México, D.F. Tels. 761-94-13 y 578-86-89. Telefax 578-86-89

Agradecimiento

El autor agradece la ancha colaboración, voluntaria o no, de los desconocidos artistas del Códice Borgia y de los conocidos y reconocidos Leonel Maciel (portada), Del Ángel, Carlos de Villa, Felipe de la Torre, Felipe Ehrenberg, Iván Gardea, Hugo Arquímedes, Laura Quintanilla, Leticia Ocharán, Posada, Turnball y Námiko Prado.

Y, por supuesto, entrega también su reconocimiento a la sabia paciencia de Socorro G. Marquina, quien compuso y ordenó textos y dedicatorias; a las sugerencias selectivas y a los creativos trazos de María Elena Reverte, y a la tenacidad poético-editorial del amigo Carlos López.

Algunas palabras

El título de este rápido libro se parece al de alguna telenovela, pues el maestro Pablo Neruda ya nos enseñó que quien huye de lo cursi puede congelarse en sangre y en tinta.

El mestizo Conde de Lautréamont, mi compatriota, me ha dicho desde el insomnio esta variante, casi obvia, de su añeja consigna: “El amor debe ser hecho con las palabras de todos”.

Los lectores posibles sabrán hallar aquí la *verba no extinta* de cada quien en estos versos de muchos quienes.

El autor

¡Cómo es posible que con tanto amor yo no haya podido hacerte completamente feliz! ¡Y cómo es posible que tú, con esa felicidad alcanzada, no hayas sabido confirmar nuestro amor!

Cartas de la Monja Portuguesa

...Nunca llegó a ser mía, ni por un momento. Es lo que pasa con una mujer: puedes tocarla, pero ella no está ahí.

Nat Hentoff

...Ambos veían claramente que aún les quedaba un camino largo largo que recorrer, y que la parte más complicada y difícil no había hecho más que empezar.

Anton Chejov

...Todo nuestro bien es el buen amor, y todo nuestro mal es el amor malo.

Ramón Sibiuda

Yo escribo mis versos para los pobres, porque como pobre amé. Cuando no podía ofrecer regalos, ofrecía palabras.

Ovidio

Desdichados tiempos son éstos en que el miedo sustituye al amor, y la natural confianza es desplazada por el desánimo, y el prejuicio nos aparta de la libertad.

Muhammed Ibn-Al-Mahad

Amar sin conocer,/ es beber de una copa vacía./ Amarás a tu amada/ con el amor de ella hacia ti.

Anónimo árabe

*Tir'd with all these, from these would I be gone.
Save that, to die, I leave my love alone.*

William Shakespeare



I

Para Refugio Pereida

Como un astro congelado que repite
sus caminos circulares por el vacío cielo,
así debo insistir en el goce desventurado
de amar de tu ausencia tu aroma en los espejos.

Como un viejo reptil que sobrevive en la sombra,
así permanezco en la lluviosa ciudad
que amenaza el libre fervor de tu cuerpo,
mientras la espuma de la noche lentamente se enfría.

Como un tímido escolar que recoge en su lápiz
el susurro interior despertándose en las cosas,
así debo seguir describiendo tu sonora figura,

porque todos mis versos ya no te necesitan
ni mi boca tiene sed de tu sustancia:
solo, pues, con mi amor, y en soledad conmigo.



II

Para Isolda Dosamantes

Estas frases que ahora al papel se aferran,
como plumas que aseguran el vuelo de un águila,
son las mezcladas cenizas donde la Luna inmóvil
va trazando las imágenes que te invito a leer.

Debajo de estos folios que serán algún día amarillos,
hay un cimiento de cortezas y de trapos macerados,
y tú solamente verás las trabajadas palabras
y no las arrugas ni las fibras manchadas del papel.

En edades futuras, frescos trazos ilusorios a tus ojos
vendrán
y el deslumbramiento de incontables primaveras
habrá de ofrecerte pétalos y hojas en su otra verdad.

Pero estos versos tercamente hablarán más que mi lengua,
y cuando mi confusa ortografía no pueda defenderlos,
la memoria de tus solos ojos los hará perdurar.



III

Para Claudia San Román

En medio de las calles del fétido mercado,
como un torpe payaso que no pide limosna
por el trabajo diario de cantar tus nombres
con voces ajenas al ritual del dolor;

y también como un vuelo de pájaro insultado
que choca contra la fina reja que lo aparta del aire;
y como esos huesos de árboles de invierno
cuyo verdor se ha extraviado en la memoria;

y como ese anciano rosal que no renuncia a sus rosas,
y que, sin embargo, abandona sus negras espinas;
y como ese espejo donde mueren mil rostros

que las luces confusas del tiempo al fin diluyen,
así yo, libre de toda esperanza y de toda pasión,
me levanto estremecido ante la sombra de tu amor.

IV

Para Mariluz Suárez

Quando regrese a la casa que habitó tu hermosura,
antes que yo mis castigados pies querrán llegar,
y peinaré los cabellos no segados por el tiempo
y quitaré de mis ropas las lluvias que el viento secó.

Las mismas letras formarán el nombre de esta calle,
y una llave distinta abrirá la misma oscura puerta,
y débiles sombras gritarán en los rincones
al sentirse asesinadas por un llanto de luz.

Quando regrese de otros años y otros climas lejanos,
no traeré en mis rostros la angustia que pasó,
y el hedor de la desdicha habrá de borrarse

entre aquellas tus manos que viajaron por mí.
No mentirán mis palabras cuando escriba estos versos,
si en tu casa regresada tu cuerpo contigo quisiera vivir.





Mateo

V

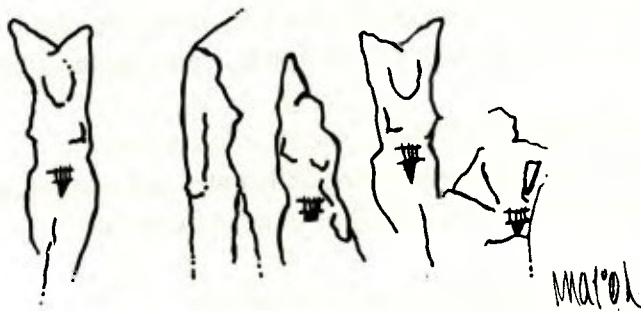
Para Claudia Largaespada

Los momentos de mi muerte escapan más veloces que el tiempo del reloj o el batir de las campanas; y cada uno de esos instantes que imaginé tan míos, me resulta tan ajeno como el excremento que se va de mí.

Y cada momento lucha con el que fue. Y pelea también con el instante que habrá de venir en ágil cadena que envuelva las ajadas túnicas y las capas de seda que a su vez encierran un cuerpo que nunca estuvo aquí.

Y esas batallas continúan sin afán de perfección, pues en verdad son sólo una guerra entre deseos oxidados y no el conflicto que los años desatan en tu piel.

Pero cada pedazo de mi tiempo que se pierde en blandos ademanes, en agrios besos o en banderas fatigadas, es también el combate donde tu hermosura tendrá que vencer.



VI

Para María Elena Reverte

Una primavera ciega se introduce en mis papeles,
como si la violencia de haberte amado hasta hoy
tuviera la enérgica ocasión, esperada oscuramente,
de aplastar el placer que el propio amor produce.

Mis versos combaten así contra sí mismos,
pues ellos, como todo lo que procede de ti,
se agregan sin fe a la exigua esperanza
de alcanzarte más allá del papel que los contiene.

Mis letras tampoco disponen lo que escribo hacia ti,
pues soy nada más que el circunstancial usuario
de voces deslucidas, páginas huecas y sucios borrões

que en calles, escuelas y cuadernos parecen vivir.
Bajo el poder de la tinta mis frases se lamentan,
breves y frágiles como cada quien que así las engendró.



F. García 1997

VII

Para Ana Rodríguez

En estas escrituras habrás de encontrar
los vocablos no dichos, los silencios rechazados,
los ácidos suspiros, los golpes fecales,
las alucinaciones del odio, las babas del rencor.

También estarán, como mercancías del caos,
como instrumentos de la impaciencia,
como utensilios de la desarmonía,
como herramientas del deshacer,

como atristados animales infecundos,
como hermosísimas bestias carcomidas,
tus versos inseguros, tu ternura indecisa,

tu temor antiguo, tus orgullos solitarios,
tus pezones arrugándose y tu clítoris reseco
en testimonio de tanto haber amado lo poco que te amé.

VIII

Para Pilar Cabrera

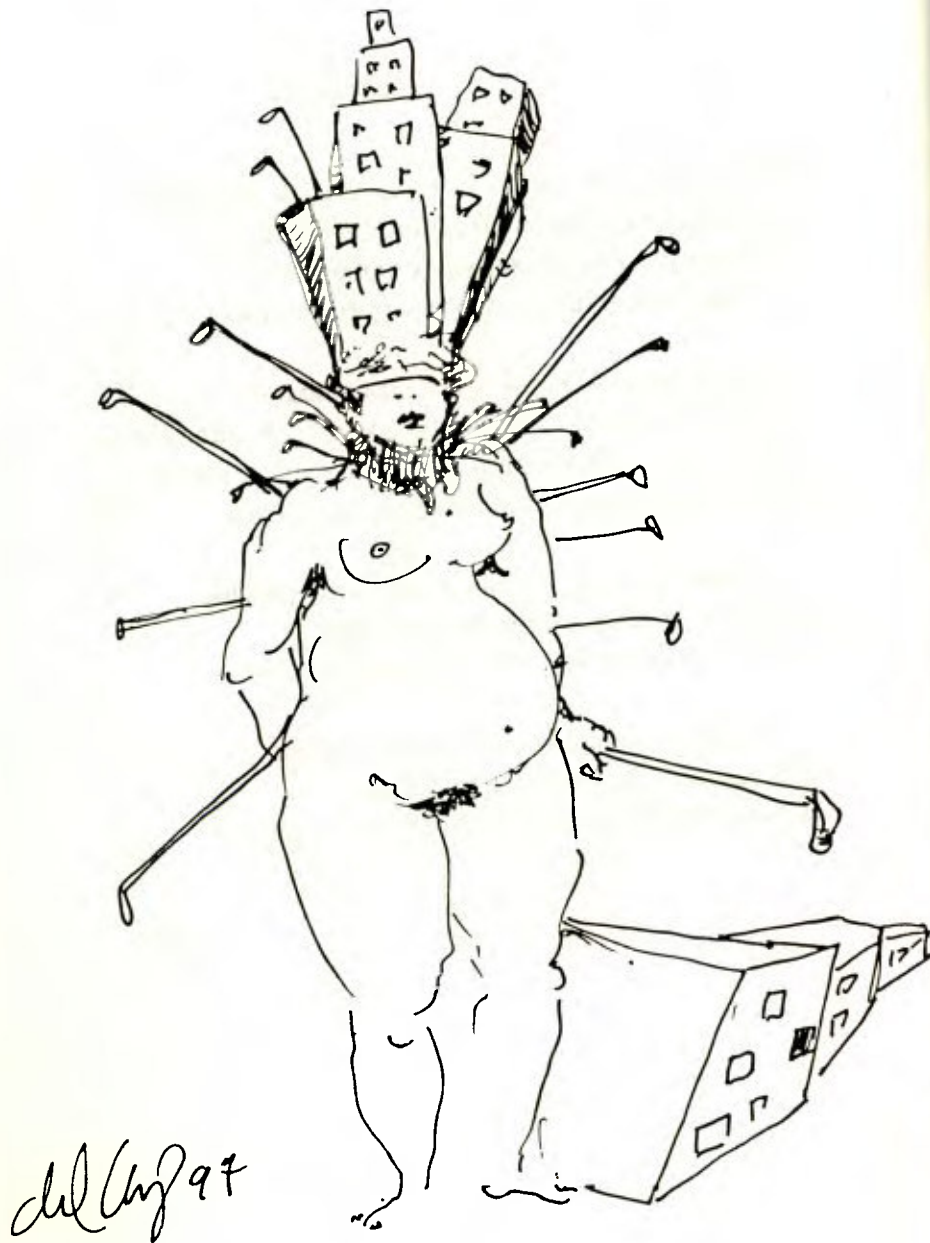
Ahora que no me amas debo amarme a mí mismo;
levantar en mi corazón las ausencias del tuyo;
besar en mis labios tu saliva evaporándose;
repetirme mis nombres con tu voz que no está.

Es oportuna ocasión, tal vez, de traicionarte,
y reclamar tu amnistía, pues así queriéndote aún respiro,
y porque mis ajenas manos tocan estos muslos míos
que tu lengua alcanzara para apartarlos de mí.

Y es ocasión, quizá, de saber cuánto has perdido
a causa de servicios, objetos y cuidados
que mi alma en desespero con exceso te ofreció.

Y mi sola esperanza es que tu odio perdure,
para que así, sin odiarme a mí mismo,
vuelva a ser fiel a todos los males de mi amor.





IX

Para Mariana Salazar

Fatigado por la injusticia, un descanso reclamo.
Mis pobrezas están fuera del amparo,
y la natural necesidad ignora la alegría,
y la más pura fe sufre en un templo de dureza.

Y la límpida honestidad aparece maltratada,
y el común error merece resentimiento,
y el abierto espíritu resulta lastimado,
y se usa la confianza como caudal sin término.

Y la energía de amor es vista como exceso,
y la edad otoñal es rechazada por la fugaz juventud,
y una orgullosa opinión quiere alejarte de mis versos.

Y tu temeroso corazón no sabe qué hacer con mi amor,
porque aun abrazándose a otro pecho
no conoce la medida de su desamor por mí.



X

Para Julieta Cortés

Verso sobre verso en estos pliegos escribo
tanto los placeres tuyos como mi regocijo,
tanto tu admiración como mi deslumbramiento,
tanto tu decepción como mi rencor de tango,

tanto tus negaciones como mi querer solitario,
tanto tu discreción como mi imposible silencio,
tanto tus odios como mi necia esperanza,
tanto tus repudios como mi enfado sin límite,

tanto tu impaciencia como mis incomprendiones,
tanto tu libertad como mi abierto desorden,
tanto tu ternura como mis fieles cuidados,

tanto tu atención como mi sorda extranjería,
porque un verso borra así a otro verso,
y el amor borra al amor, lo ataca, lo destruye.



XI

Para Hortensia Carrasco

Si en mis ligeros versos no doy cuenta
de tus imperfecciones; si en ellos tampoco
menciono las altas cifras de tu cólera,
ni el tiempo que has usado en olvidarme;

si no concedo adjetivos a tu oscura decepción de mí,
ni al furioso silencio que en ti ha crecido;
si no describo las señales que el desquerer
con tenue cirugía ha ubicado en tu rostro;

si dejo a un lado de estos folios cada temblor
que mi lengua elaborara en tu vientre sudoroso;
si con un golpe de tinta borro la tactada altivez

de tus tetas tenaces y la turbulencia de tu boca
bebiendo de mí, es porque soy adicto a la verdad
con que tantos defectos perfeccionan mi amor.

XII

Para Raquel Huerta-Nava

Así como los oscuros materiales del mundo
se resuelven en súbitos espasmos de luz y de fuego,
porque entre unos y otros nada puede existir
que no sea una única línea de doble sustancia;

así como un sólido planeta se dispersa
en mínimos fragmentos y átomos estériles,
porque hay fuerzas que lo muerden y lo arrastran
a las calcinaciones de una órbita muerta;

así como las galaxias inmedibles se apartan,
gastando sus poderes en razón de la nada,
porque su condición es huir hacia el origen;

de ese modo tu seguro corazón de hoy
podrá transformar su materia de rencores
en la energía de amor que el amor necesita.





XIII

Para Thelma Nava

Mis versos se alzan como puentes incesantes
sobre el ancho blancor de un río paralizado;
y son destruidos mientras acumulan susurros
y sílabas y columnas de espuma y de papel.

En mis versos está todo el dolor de lo que cae,
toda la sed desesperada de la saliva que no cesa,
toda la fugacidad de un insecto acoplándose,
toda la brevedad de la piedra en su estatua.

En mis versos puedo encontrar todavía tu pelo
mezclado con las letras que le dan su oscuridad;
puedo hallar el espesor de tu múltiple lengua

mojando tantos signos silenciosos y secretos.
Y así transcurren día con día estas escrituras,
nombrándose a sí mismas para poder cantar.



XIV

Para Lourdes Hernández

Cuando contemplo mis gastadas cacerolas
de formas corrompidas por los fuegos del agua,
estos versos buscan moléculas de arroz
o aun de ajo agarradas al metal del fondo.

Cuando huelo la nostalgia del luminoso aceite
en las ollas de rojos barro ya vaciados,
toda metáfora se vuelve insuficiente al explicar
por qué la soledad y el hambre se parecen.

Cuando limpio la sartén de sal y grasa calcinadas,
y un resto de ennegrecido cilantro se resiste,
algo comprendo entonces de mi arte tan difícil.

Cuando tomo del plato el sabor del guiso de mañana,
el tenedor me enseña la ausencia de tus dientes
que tanto comieron de mis flacas palabras y mi carne.



XV

Para María Cruz

Estas manos que movieron tus pechos y tu nombre,
sostienen ahora la pensada lentitud de su sombra
sobre las figuras negras que esperan el inicio
de un encuentro sin sudores y sin sangre.

Y los fieles peones van fríamente lanzándose
hacia el centro de aquellos campos sometidos
a un variable aire de estrategias y metáforas,
y a la ciencia implacable de la guerra sin fin.

Y los caballos pasan sobre cuerpos lastimándose,
y las torres tiemblan en sus cotidianas raíces,
y los elefantes aplastan descubiertas distancias,

y el pálido monarca, asediado de pronto, balbucea:
“¡Salven a la reina!” Y estas manos no responden,
dolidas pero libres de todos los jaques de tu amor.



XVI

Para Francesca Gargallo

En estos papeles se expresan mis débiles recursos,
porque la pluma no sabe qué adverbios usar,
ni en qué momento proponer la libre pausa
que dé respiración a tu invocada figura.

Tampoco lo sabe el sudor tenaz de mi mano diestra,
que al mezclarse con tanta tinta fatigada
adelgaza los trazos con que todavía pretendo
alcanzar de ti la brillantez de tus imperfecciones.

Y mi espalda ignora el orden de sus vértebras,
y cada pulmón expulsa un diálogo de aire,
y el estómago se altera entre eructos y agruras,

y los músculos se duelen al sentirse forzados
a escribir también ellos palabras que no entienden.
Así lucha este frágil oficio contra lo fugaz de tu hermosura.



Carquinos del C

XVII

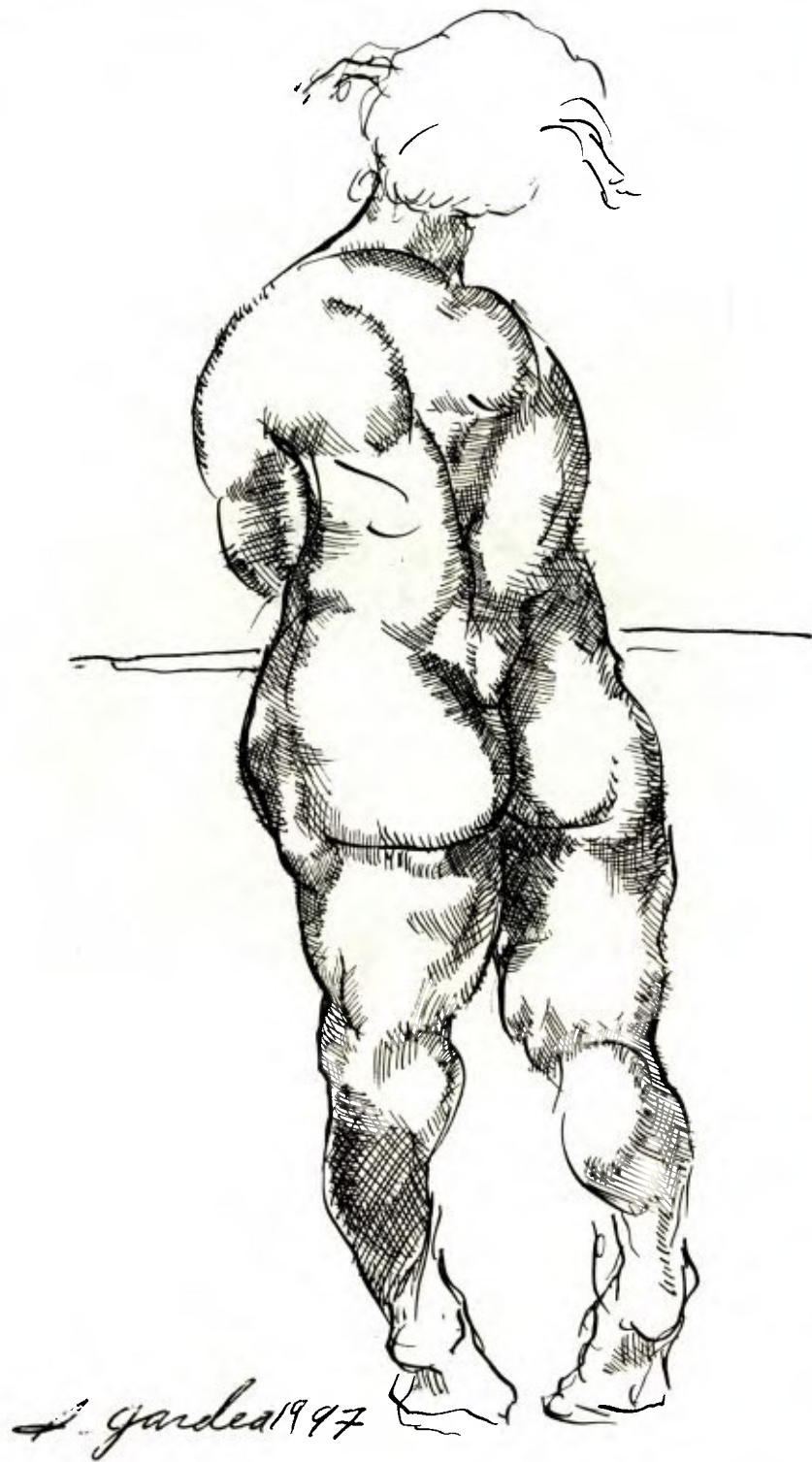
Para Martha Nélida Ruiz

Tu odio más secreto se acabará cuando entiendas
que ese complemento del amor me beneficia,
pues de tu odio recojo sin prisa cada día
los manchados restos tuyos que me apartan de ti.

Porque hay todavía en tus peines abandonados
un reseco revoltijo de pelos y de escamas;
y en pisos y alfombras y tapetes y sábanas
las blancas moléculas perfumadas que trajo tu pie;

y el cepillo de dientes deformado por tu boca
contiene fragmentos del guisado en salsa roja
que un cocinero de bajo salario preparó para ti;

y en el pijama colorido y el calzón blanqueándose
aún se huelen los jugosos jadeos del orgásmico placer.
Tu odio acabará: ¿qué harás con tu miedo y tu poco dolor?



XVIII

Para Alma García

Si escribo aquí que tus ojos sólo se parecen
a tus ojos, incurro en vulgar comparación;
si afirmo que tu pelo llega hasta mí como la noche,
me equivoco de oscuridad y nace, pues, la imagen;

si invoco la seda de tu pubis que se ofrece,
estos dedos recorren la humedad de la metáfora;
si describo la cálida cantidad cantada por tu orgasmo
recorro a la reiterada aliteración del placer,

y así entonces una nueva metáfora despierta,
y los sonidos adoptan ecos, pausas, resonancias,
y tu respiración se multiplica en conjunciones,

y todo recurso que en mis gastadas artes renace
es palabrada, palabraje, palabrar, palabra
sin ti que solamente al silencio se parece.



XIX

Para Celina Orozco

Este verso te dice que no corras detrás
del sueño que todavía no soñaste: pero mírate
huyendo de ti, de tus nalgas ensabanadas,
de las rojas gasas que tu entrepierna sostiene.

Este verso te dice que un fantasma de huesos
recorre las latientes latitudes de tu corazón,
como un esqueleto de papel mordido por los años
o el verbo carnal de un cuerpo que sí se desvanece.

Este verso te dice, repitiéndose, que nadie
está tan solo como para inventar la soledad;
ni que nadie al irse del amor gana guerra alguna.

Porque el desamor que en contra de ti ahora utilizas,
es un grito que encontrarás en la soñante boca
cuando necesites usar al fin tus propias lágrimas.



XX

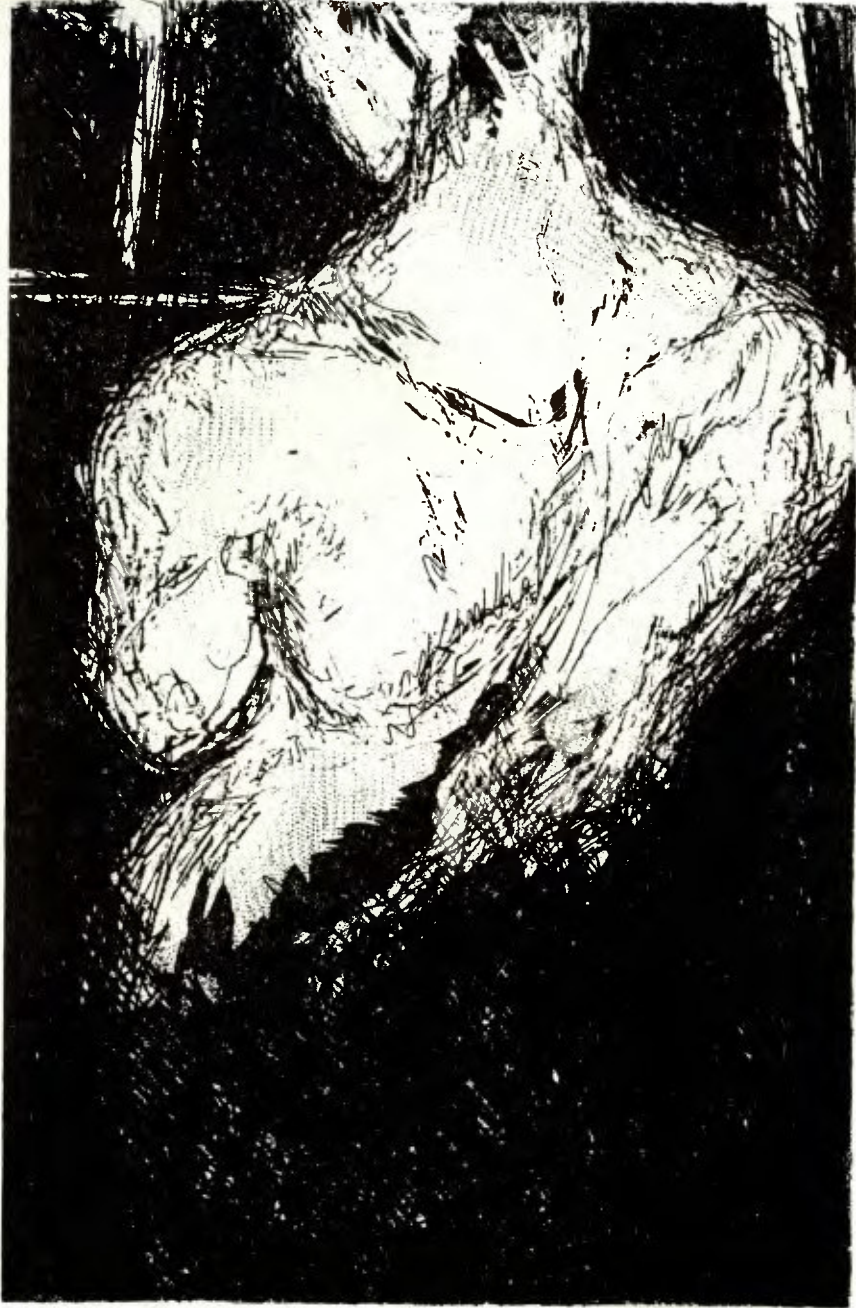
Para Maite Villalobos

Tiempos atrás, las piedras andaban entre nosotros;
hablaban del fatigoso traslado de sus cuerpos;
pedían ayuda, necesitaban más aire y más fuerza,
pero ¿quién podía comprender la lengua de una piedra?

Hubo años en que el viento era la voz de cada gente,
y movía sábanas y camisas en los tendedores,
y golpeaba las ventanas para el despertar de la casa,
y besaba a las muchachas bienamadas en la oreja.

Más allá de la sombra de las luces que se fueron,
hay pájaros que regresan empujados por su canto,
y los peces maltratan el temblor del agua donde beben.

Los almanaques en aquella pared se van secando,
las escobas trabajan, tu sudor de amor ya se borró,
y el hombre ordena otra vez su patria de palabras.



XXI

Para Marité Dávila

Tu voluntad de desamor nació de la violencia con que una rosa defiende el origen de sus pétalos; y esa furia durísima que tus ojos despliegan va más allá del motivo que a veces la sostiene.

Tu inteligencia de amor es como una primavera cuyas raíces fueron hechas de metal implacable: nada absorben de nadie que ellas no acepten, y se cierran en sí mismas bajo un tenaz temor.

Tu deseo de amar es como un sueño extraviado en los sueños de una niña que no quiere dormir: ningún sueño es perfecto, en ninguno hay olor ni silencio,

mas la vieja muerte en ninguno te podrá alcanzar. Tu paciencia de amor te lleva a la impaciencia: tu amor no es amar, es crecer con la voz que abandonaste.



XXII

Para Gloriana González

Los años todos de cada primavera tuya están diseñados por la intocada luz de astros y cometas, y la energía que mueve los hilos planetarios es la que llena de grasa los dulces huecos de tu carne.

Una mosca me distrae de mis versos, pues defeca levemente en el mero centro del papel donde escribo que la edad de ese mismo insecto es la edad de la galaxia que se expande en dirección de tu vejez.

En los cielos inalcanzables que se van del universo, ninguna máquina percibe las ciegas materias uniéndose a la sustancia que compone tu faltante corazón.

La mosca, liberada de sí, se peina y me contempla: miles de rostros, de manos, de gestos, de palabras; trozos muertos que mañana tocarán tu derrotada piel.



XXIII

Para Nayelli Mimbí

En tus piernas separándose tan oscuramente,
como lenguas goteantes de la gran boca total;
en tu picosa juntura expuesta a los cuidados
de las espesas burbujas que absorbiste de mí;

en el espacio caliente de tu pelo humedecido
por un jugo central de animales incontables;
en tus pechos confirmados por líneas de azulosa sangre,
por cauces adentrándose hacia tus leches ocultas;

en tus vísceras que pierden esferas dolorosas
al ritmo de jadeantes atmósferas astrales;
en los amargores de cada ingle tuya que se inflama;

en el oxígeno cansado que respiré en tus labios
para darle un nuevo nombre a tus nombres de ayer,
en toda ti está ese hijo que busqué entre espasmos y
palabras.



XXIV

Para Beatriz Jiménez

Nunca jamás he besado tu verdosa vesícula,
ni he bebido las babas de tu bilis succulenta;
tampoco hice rumbo en tus intestinos profundos,
ni gusté del ácido calor de tu vejiga amarilla.

Jamás nunca entré mi nariz en las espumas
de tus rosados pulmones, que tantos cigarrillos
y tanto esmog tiznaran con su pútrido hollín,
ni tampoco entré debajo de la caspa de tus uñas,

ni me hundí en los ardidos aceites de tu estómago
que subían a veces a tu paladar mientras comías,
ni calculé los decibeles de tu levísimo roncar,

ni conté los atenuados pelos encima de tu boca,
ni las golosas sombras del ombligo tuyo que chupaba.
Tienes razón, muchacha: siempre fue poco lo que supe
de ti.



XXV

Para María Elena Aura

Estos versos que escribo son parte de un sueño,
y todo sueño vuela menos que una pluma sin pájaro,
y todo sueño naufraga como un pez desterrado de su agua,
y todo sueño se fatiga de soñarse a sí mismo.

Estos versos tal vez quieran agarrarse a la tinta,
morder el papel, sujetarse a mis manos,
encerrar los jadeos, secuestrar los alientos,
beber la humedad donde mi boca, destruyéndose, fluye.

Estos versos no quieren cantar ni opinar ni mentir,
solamente ser lo que son: idioma impuro en mí
respirando la contaminada lengua de la tribu.

Estos versos pasan como un hombre extranjero
perdido de sí. Ah, muchacha: que tus oídos escuchen
antes de mañana el último amor de estas finales palabras.



XXVI

Para Ana María Sánchez

Cuando el sucio blancor de tu pelo te alcance
junto al fuego que calienta tu comida solitaria;
cuando entregues su alimento a las pequeñas plantas
que murieron en un verano ya olvidado;

cuando tu cuerpo al engordarse rechace
los claros vestidos transportados por mi mano;
cuando las figuras de coloridas maderas y cerámicas
sean solamente objetos sin sustancia;

cuando en las tazas del café se mezclen
otras manchas y marcas como cáscaras,
y las almohadas se vuelvan más impares otra vez;

cuando en un entrevero de libros y de lápices
encuentres estos versos, piensa, vieja muchacha,
que nuestro tiempo de amor aún no empezó.



XXVII

Para Antonia Robles

Como una breve hormiga extraviada y hambrienta;
como una copa cuyo vino sin uso se corrompe;
como una pluma de gorrión en la nariz de un tigre;
como una uña vencida por las arrugas que rasca;

como un estómago desayunándose a sí mismo;
como la luna resquebrajada entre luces deshechas;
como un estiércol humano a los pies de aquella rosa;
como quien limpia con saliva los huaraches ajenos;

como unos ojos de niña sin tus lágrimas;
como la rígida columna que sostiene tus miedos;
como la tos repetida que se abre entre tus pechos;

como tus versos que nunca sabrás quién los escribió;
como el fiscal de tu voz condenando la suma de mis años,
así este hombre en sus palabras: perdiéndote,
encontrándose.



XXVIII

Para Zulai Marcela Fuentes

Una mujer recogió dos medidas de lodo y excremento, y desde un sitio de aquella hedionda masa dio luz a una estructura de flaquísimo hombre con toda la imperfección de lo humano inevitable.

Un hombre tomó dos puñados de barro y estiércol, y de algún lugar de aquella espesa podredumbre extrajo una hechura jugosa de morena mujer con todos los defectos de lo ciertamente humano.

Una mujer introdujo manchas, cicatrices, sequedades, arrugas, marcas, pecas, calvicies, negaciones, y algo puso como trozos de semen o palabras.

Un hombre modificó el equilibrio de los pechos, a punta de lengua trazó nariz, ombligo y hendidura; a filo de diente peinó cabeza, pubis y sobacos.

Así el mestizo amor: un revoltijo de formas y sustancias.



XXIX

Para Rosi Cuc

Quien redacta estos versos parece un maromero
que en las sucias esquinas salta y se retuerce,
mezclando sus huesos pintados y sus calzones trágicos
con los gases de autobuses, automóviles y gentes.

Quien contempla la tinta trazada como sombra
que súbitamente castiga los blancos del cielo
también se asemeja a un verdugo cansado
de escribir cada muerte en su propio pescuezo.

Quien ajusta los temblores y las grietas de su mano
a las honduras del papel sin color y sin forma
es como un terco artesano trabajando para nadie.

Quien recoge la taza, los pelos, los lápices, y apoya
los ojos en la mesa sola, es como un astronauta
congelándose
en el vacío de un corazón que se parece a ti.

XXX

Para Mariana Villada

Con las manos de abajo, cada una en su sudado zapato,
dedo a dedo construyo un rumbo en la acera descompuesta;
con los pies de arriba definiendo mis rostros deshuesados
de tantas fibras de humo y de tinieblas de sol;

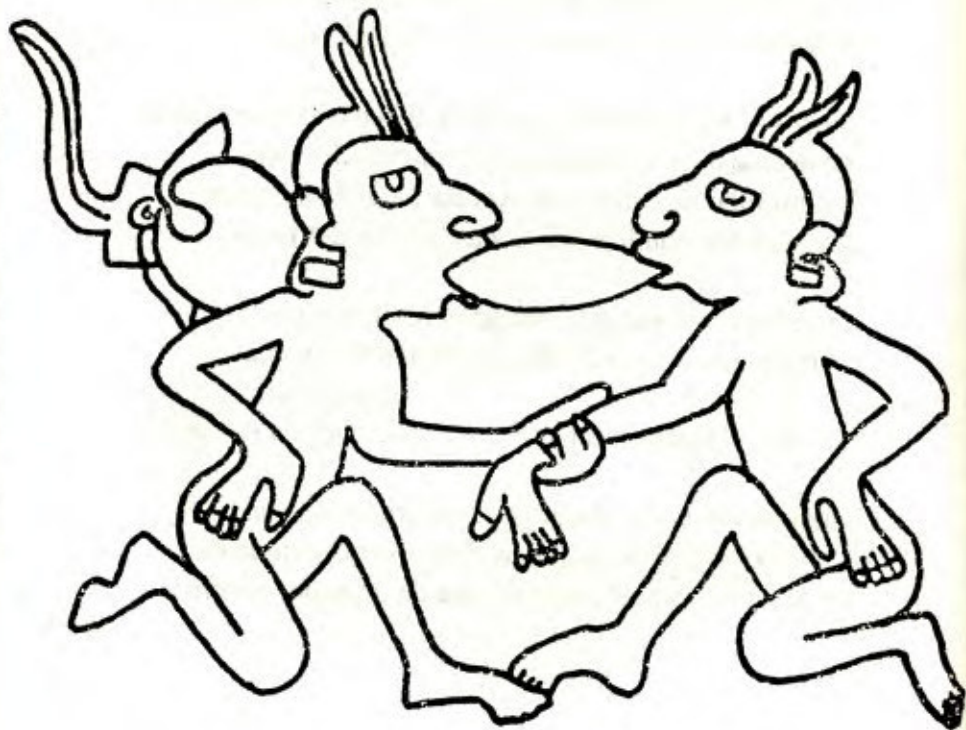
con los vidrios de mirar, que cada noche más se enturbian,
me acerco a las entreveradas memorias del aire;
con mi tubo de carne que expulsa un agua amarilla
doy su ácida comida a las locas hierbas del jardín;

con el agujero que otra vez aparece en estos versos,
entrego un cauce hediondo al residuo de opacas
digestiones;

con los pelos que escapan hacia alguna galaxia devorante

imagino flechas y disparos de absurdas cacerías;
y con las máquinas y plumas que aún quedan de mí,
sin tocar tu nombre, toda la tinta de mi sudor te ofrezco.





XXXI

Para Kaarina Véjar

Hay animales que marcan con hondos orines y vómitos
el límite a que la especie propia los condena;
hay cuerpos metidos en el alma pegajosa que habitamos,
y que al ser diversos nos distraen con dolores y goces;

hay miedos fermentando en el corazón de las bacterias
iguales al tuyo cuando tocan tu pecho unos ojos vacíos;
hay temores que vienen de un rincón lejanamente
oscurecido,
o de una atareada mujer que de pronto no nos mira,

o de un hombre apartándose con su copa de vino o de
silencio,
o de un sueño cuyas bestias sexuales son de amarga carne,
o de una dura lágrima que no lloras ni abres ni ofreces;

hay una muchacha que quizás olvide o lea palabras
como éstas,
o que quiera borrar de su cama la sombra de estos huesos,
y hay un alguien tenaz que otra vez escribe una historia
que comienza y termina, que acaba y que empieza.

Índice

9	Agradecimiento
11	Algunas palabras
15	I
17	II
19	III
21	IV
23	V
25	VI
27	VII
29	VIII
31	IX
33	X
35	XI
37	XII
39	XIII
41	XIV
43	XV
45	XVI
47	XVII
49	XVIII
51	XIX
53	XX
55	XXI
57	XXII
59	XXIII
61	XXIV
63	XXV
65	XXVI
67	XXVII
69	XXVIII
71	XXIX
73	XXX
75	XXXXI



Esta primera edición de *Amor de todos* fue impresa en Editorial Praxis, Vértiz 185-000, Col. Doctores, Deleg. Cuauhtémoc, C.P. 06720, México, D.F., en julio de 1997. La composición tipográfica se realizó en Times Roman de 8, 12 y 16 puntos. El tiro, sobre ahuesado de 37 Kg., es de 1,000 ejemplares. El cuidado de la edición estuvo a cargo de José Luis Perdomo Orellana y Carlos López.